

Elevad, Señora, estos religiosos cultos que damos á vuestro padre san Joaquin, hasta el trono de la beatísima Trinidad, para que consigamos todos lo que afectuosa y humildemente pedimos, el perdon los pecadores, la perfeccion los justos, los pobres el socorro de sus necesidades, fecundidad los campos y los ganados, paz las familias, salud los cuerpos, y muchos aumentos de virtudes las almas; para que alabando las misericordias de Dios en la tierra con un corazon recto y agradecido, pasemos despues de nuestros dias á cantarlas eternamente en la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN JOAQUIN,

PADRE DE MARÍA SANTÍSIMA.

(DE TRONCOSO.)

Magna arbor et fortis... Folia ejus pulcherrima, et fructus ejus nimius.

Hé aquí un árbol grande y robusto; sus hojas son hermosísimas, y su fruto el mas delicado.

Daniel, c. 4. v. 8 y 9.

Donde quiera que abramos las páginas de la sagrada Escritura, hallamos pintada la santidad de los justos bajo las mas brillantes figuras. No hay comparacion por atrevida que parezca, no hay alegoría por sublime que sea, que no cuadre perfectamente á aquellos hombres que nacidos para Dios, vivieron en él por medio de una adhesion constante á sus divinos preceptos, y jamas se separaron de su divino beneplácito. « Bienaventurado, exclama David, el varon que no dejándose llevar de los consejos de los malos ni deteniéndose en el camino de los pecadores, ni asentándose en la cátedra pestilencial de los libertinos, tiene puesta toda su voluntad en la ley del Señor, y está meditando en ella dia y noche. Semejante al árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, dará su fruto en el debido tiempo; nunca se marchitarán sus hojas; todo cuanto hiciere tendrá próspero efecto (1). « El Justo, dice en otro lugar, será como una gallarda palma, y descollará cual cedro del Libano.

(1) *Psalm. 1. v. 1, 2 et 3.*

Plantado en la casa del Señor, florecerá en los atrios de nuestro Dios. Aun cuando llegare á la vejez, no se marchitará su lozanía; lleno de vigor y robustez, se multiplicará prodigiosamente, y hará ver al mundo que el Señor Dios nuestro es justo y no hay en él sombra alguna de iniquidad (1).

Tal vez, católicos oyentes, no se hallará entre los santos otro á quien mas cumplidamente convengan estos misteriosos símbolos, y en quien mejor se vean realizadas estas sublimes alegorías que el ínclito san Joaquin, cuya festividad celebra hoy con tanto júbilo nuestra santa madre la iglesia. Yo lanzo una ojeada escudriñadora por ese Eden delicioso, mansion feliz de los predestinados: veo aquí y allí alzarse una multitud de justos que á manera de árboles frondosos y florecientes hermo-sean la celestial Jerusalem; pero al fijar mi vista en ese augusto patriarca, paréceme contemplar en él un cedro gigantesco, cuya cima se deja ver sobre la de los demas que dominan aquella mística montaña del Líbano. Semejante al árbol que en un sueño misterioso se presentara á la fantasía del rey Nabucodonosor, su copa parece tocar las estrelladas bóvedas del cielo, teniendo sus raíces entrañadas en lo mas profundo de la tierra. Sus hojas son de una hermosura que encanta la vista; su fruto es el mas delicado: y tan precioso y exquisito, que él solo ha bastado para alimentar á cuantos habitan el orbe.

No es, señores, una simple imágen la que os propongo aplicando á nuestro excelso patriarca san Joaquin la alegoría del árbol del libro de Daniel. ¿Quién examinando atentamente todas las circunstancias de la vida de este justo, no reconoce desde luego en él la realidad de este símbolo misterioso? Si investigamos su genealogía ilustre, ¿no le vemos descender de reyes, de capitanes, de sacerdotes, de patriarcas, de la familia en fin mas noble que conoció el universo? Su sangre era la sangre de David, su casa era la casa de Judá, su raza en fin era la raza escogida para dar á luz al príncipe de la paz y padre de los siglos venideros: *Arbor magna et fortis*. Si contemplamos sus virtudes, ¿no se presentan á nuestra vista su rara y consumada prudencia, su heroica resignacion, su humildad profunda, su fidelidad inalterable, su amor conyugal, su adhesion á la voluntad del Señor, como otras tantas hojas que embellecen ese arbusto

(1) *Psalm. 91. v. 13 et seq.*

plantado en el mundo para cobijar bajo su sombra y alimentar con su savia á cuantos se uniesen á él por medio de la imitacion de sus ejemplos? *Folia ejus pulcherrima*. Si por último fijamos la atencion en esa criatura incomparable que nació de su casta union con la virtuosa Ana, ¿quién de nosotros habrá que deje de admirar en ella el fruto mas delicado y exquisito que ha producido jamas la tierra? *Fructus ejus nimius*.

Oh! ¡ Bendito seas tú, Joaquin insigne, y bendito para siempre el fruto que de ti ha nacido para consuelo del hombre afligido, para esperanza del atribulado pecador, para regocijo del mundo y gloria del cielo y de la tierra! ¿Cómo no celebraremos con júbilo este dia en que el cristianismo nos recuerda al par de tus virtudes y méritos, la singular felicidad que por ti obtuvo la desventurada raza de Adan?

Por eso, católicos, me complací en reunir bajo el misterioso emblema que acabais de ver explicado, la gloria extraordinaria de este gran patriarca: á fin que al tiempo mismo que admiráseis la gallardía del árbol, supieseis apreciar lo delicioso de su fruto. La gloria de Joaquin no puede separarse de la gloria de María, su hija benditísima. Si pues por el fruto se infiere el mérito del árbol que le produce, ¿cuál deberá ser el de nuestro santo patriarca á quien debe el mundo la felicidad de poseer á la que es la gloria de Jerusalem, la alegría de Israel y el honor de todo el pueblo cristiano? Paremos mientes en esta reflexion: y de su desarrollo inferirémos para nuestra edificacion, la santidad de nuestro augusto patriarca y su gloria singularísima. Sus virtudes prepararon su grandeza, y esta fué la recompensa de sus virtudes. *Su vida santa é irreprehensible le hizo digno de llegar á ser padre de la mas perfecta y sublime de todas las criaturas despues de Dios*: Ved ahí la hermosura de ese árbol místico. *Magna arbor et fortis... folia ejus pulcherrima*. Primera reflexion. *Esta cualidad le colmó de una gloria incomparable y que fué para él origen de la mas positiva felicidad*: Ved ahí lo delicioso del fruto: *fructus ejus nimius*. Segunda reflexion.

¡Ojalá, oh espíritu divino, fuesen mis labios ménos impuros, y mas elocuentes mis expresiones para poder elogiar dignamente al grandioso objeto de nuestros cultos! Tú empero puedes infundirme aquel fuego que comunicaste á los apóstoles en el cenáculo, y hacer que mi voz á manera de arroyuelo manso y

delicioso lleve á los corazones de mis oyentes el deseo de imitar las virtudes del héroe que celebro, y aumentar en ellos su devoción. Hacedlo así por la intercesión de vuestra divina esposa, pues tan comprometida está en la gloria del que la dió el ser. Á este fin dirigimos hácia ella nuestras fervientes súplicas, y la saludamos con el ángel. *Ave Maria.*

PRIMERA REFLEXION.

Triste es sin duda, católicos, que las sagradas páginas hayan enmudecido acerca de las heróicas virtudes del gran santo patriarca Joaquin. Parece que el Espíritu santo quisiese hacernos admirar mas su mérito extraordinario, ocultándole bajo el velo de un silencio misterioso. La perla no es ménos preciosa porque se halle escondida en la concha que la contiene: y ¿serian ménos dignas de nuestra admiración las eminentes cualidades de san Joaquin, porque plugo al Señor, cuyos designios son inescrutables, reservarse á sí solo la noticia cierta y circunstanciada de la vida de este mortal, á quien escogió para cooperador inmediato del mas augusto de los misterios de nuestra religion? No, amados oyentes; ciertos como estamos de que el cielo le destinó para ser el padre de aquella criatura que entre todas cuantas vieron la luz, fué la mas pura, la mas santa, la mas perfecta y unida á Dios, lícito nos es inferir que fué entre todos los mortales un prodigio de virtud y santidad. ¿Cómo hubiera podido merecer llegar á esta cualidad singularísima, sino por medio de una vida la mas pura, la mas justa, la mas perfecta de cuantas habia visto el mundo en las dilatadas generaciones que venia atravesando?

Cuando se presenta á nuestra vista esa muchedumbre de patriarcas, de profetas y justos que fueron el honor y la gloria de la ley antigua; cuando contemplamos á un Noé el mas justo de cuantos habitaban el universo en tiempo del diluvio universal; á un Abrahan, cuya fe y obediencia le hicieron acreedor á ser bendito de Dios en una larga posteridad; á un Jacob, que por su mansedumbre y religion mereció la dicha de oír la voz del Señor y ver confirmadas en él las promesas hechas á sus padres; á un José, que en premio de su castidad y rectos procederes, se vió ensalzado á la segunda dignidad de Egipto, y hecho el árbitro de los destinos de todo aquel país; cuando pa-

ramos nuestra consideración en estos y en todos los demas personajes ilustres que llenaron las páginas del viejo Testamento, parecenos oír la voz de Dios que deseoso de que se presentase un justo capaz de llenar debidamente los grandes designios de su providencia, y no hallándole en todos estos, dice como allá Samuel cuando quiso proceder á la elección del que habia de sentarse sobre el trono de Israel: «Á ninguno de estos ha elegido el Señor (1).» Corrian en efecto los siglos; sucedíanse unas tras otras las generaciones. Aquí se presenta un Job, hombre sencillo, recto y temeroso de Dios: allí un David piadoso, lleno del espíritu del Señor, y de un corazón hecho á medida del corazón de Dios; ora un Jonatas prudente, caritativo, fiel amigo, y defensor de la inocencia oprimida: ora un Natan incorruptible, íntegro y celoso de la gloria de Jehová.... A dónde voy? No, católicos, ni á estos tampoco, ni á cuantos en pos de ellos vinieron, encontró el cielo dignos de ser los instrumentos de sus grandiosos designios. Hacíase preciso un hombre que reuniendo en su persona todas las virtudes de sus predecesores en grado heróico, estuviese exento de todas sus imperfecciones; un hombre mas justo que Noé, mas fiel que Abrahan, mas religioso que Jacob, mas casto que José; cuya piedad excediese á la de David, cuya rectitud fuese mayor que la de Job, cuya caridad sobresaliese mas que la de Jonatas, y cuyo celo por la gloria de Dios fuese mas ardiente que el de Natan, Elías y el de todos los profetas. Todo esto, católicos, lo encontró el Señor en el patriarca san Joaquin. Sus ojos se fijan en ese árbol robusto y vigoroso de la raza de Judá; contempla con entusiasmo la hermosura de sus hojas, y le destina á ser el que brote en tiempo oportuno la raíz de Jesé, de donde ha de salir el precioso vástago que ha de salvar al mundo: *Ipse est enim.*

Imaginad, católicos, cuál debió ser la santidad de este insigne patriarca desde el momento en que fué destinado por la Providencia para padre de la Virgen. El hijo de Isaí, tan luego como fué designado por Samuel para reinar sobre el pueblo de Israel, se halló repentinamente transformado en otro hombre. Desde aquel día en adelante, dice la Escritura, el espíritu del Señor quedó difundido en David. ¡Qué torrentes de gracia y

(1) I. Reg. c. 16. v. 10.

de virtud no se derramarían sobre el alma tan bella ya y tan pura de Joaquín en el instante en que se decretó en las alturas su glorioso destino! ¡Cómo se acrecentaría su fe! ¡cómo se aumentaría su esperanza! ¡qué incendios tan nuevos experimentaría su caridad! ¿Sería posible imaginar una humildad mas profunda que la de aquel corazón que había de participar su propia vida, á la que en virtud de su humildad había de concebir en sus entrañas al hijo del Altísimo? ¿Sería dable suponer una pureza mas extremada que la de aquel de cuya sustancia había de engendrarse la reina de las vírgenes, la vírgen por excelencia? ¿Cuán perfecta debió ser la obediencia y sumisión á las leyes del cielo, del que iba á ser padre de una criatura, que por sujetarse á la voluntad del Señor, no dudaría hacer un día el sacrificio de su honor y aun de su propia vida? ¿Cuán resignado debió estar á los decretos de la Providencia aun en las mayores aflicciones, el que iba á producir un portento de paciencia y de resignacion que llenaría de pasmo al cielo y á la tierra?

Ah! aquí es, señores, en donde yo contemplo en toda su magnitud ese árbol místico plantado en el jardín de la militante Jerusalén. ¡Cuán fuertemente le combatieron los vientos de la adversidad ántes de brotar el fruto precioso que debía alimentar al mundo! Joaquín debía merecer esta dicha en virtud de su vida inculpable y de todo punto santa y perfecta; pero la paciencia, la sumisión, y una invencible constancia en medio de las mas amargas pruebas, eran las principales virtudes con que el cielo quería disponerle para la realizacion de sus eternos pensamientos. Vióse en efecto este varón justo hecho el blanco de los mas sensibles infortunios. Nacido en el seno de la opulencia y de la gloria, mirábase reducido al mayor abatimiento y á un estado que se distinguía muy poco de la indigencia. Hijo de reyes y heredero de príncipes de la mayor nobleza, hubiera podido disputar un día el cetro de Israel y aspirar al solio de su abuelo David: víctima empero de sucesos desgraciados y de pasiones violentas, la oscuridad mas profunda envolvía todos sus antiguos blasones, y moraba ignorado de todo el mundo en la humilde Nazaret. Mas su virtud superior á todos estos reveses, hacia su corazón inalterable. Jamás un ligero movimiento de impaciencia se notó en su semblante; nunca sus labios pronunciaron una sola palabra que pudiese ofender la ma-

jestad del Dios que así lo disponía. Su alma fija siempre en aquel Ser que rige los destinos del hombre y regla los movimientos del gran sistema del universo, no conocía otra voluntad que la divina, ni tenía otros deseos sino los de complacer en todo á su Criador. Á veces habréis visto un antiguo roble que en medio del desierto ostenta su verde ramaje á despecho del tiempo y de los embates del huracán que sopla de continuo á su alrededor; pues no de otro modo Joaquín, en medio de tantas vicisitudes y de pruebas tan amargas, siempre se halló hermozeado con unas virtudes tan heróicas, que le merecieron, á pesar de su estado oscuro y humilde, la admiracion universal.

No fueron empero estos infortunios los que mas aquejaron á aquel justo patriarca. Una desgracia incomparablemente mas sensible vino á amargar sus días. Unido en casto matrimonio con la virtuosa Ana, pasaba su vida en las prácticas de la religion y en el exacto cumplimiento de sus deberes domésticos. Fiel esposo, amante y caritativo con su consorte, no conocía otros pensamientos que los de agradarla, servirla y ayudarla: bien así como el olmo robusto sostiene á la amorosa hiedra que á él se ha enlazado. Ambos tenían los mismos deseos, idénticas propensiones, é igual celo en promover la gloria del Señor. Jamás se había visto en el mundo una union tan santa y perfecta desde Adán hasta aquel tiempo, estando á lo que Jesucristo se dignó revelar á santa Brígida. Una sola cosa faltaba á nuestro santo patriarca para ser feliz en su casto matrimonio, y esta era puntualmente la que formaba el objeto de sus continuas oraciones: la sucesion. ¡Qué manantial tan fecundo de pena y de aflicciones era para Joaquín, el verse ya en una edad avanzada privado de posteridad! Los judíos miraban la infecundidad como una marca de oprobio y de ignominia; porque se consideraba á los estériles como excluidos por Dios de la dicha de ver nacer de su linaje al Mesías prometido. En consecuencia de esto, los insultos, los desprecios eran por lo comun el patrimonio de aquellos hombres, que no dejaban despues de su muerte hijos que pudiesen optar al parentesco con el venidero monarca de Israel. Inferid, pues, amados oyentes, cuánto no debió sufrir aquella alma con esta humillacion. ¡De cuánta virtud no necesitaría para sobrellevar esta desgracia! Oh! El fuego no purifica tanto el oro en el crisol como se purificó el corazón

de Joaquin en las llamas de la tribulacion. ¡ Cuán hermosa apareció entónces su inocencia ! ¡ Cuán robusta su paciencia ! ¡ cuán heroica su humildad ! y su resignacion en el divino querer, ¡ cuán perfecta y admirable ! No espereis ver en Joaquin uno de aquellos hombres que tan luego como son tocados por la pesada mano de la adversidad, se abaten, se desesperan, y tal vez se atreven á poner sus lenguas en el cielo murmurando de la adorable Providencia. Nuestro imperturbable patriarca, si bien siente su desgracia, no por eso deja de estar siempre en la conformidad mas perfecta con las voluntades del Eterno. Retirado en un monte vecino, ora de continuo al Señor ; aflige su carne con ayunos y vigiliass ; pero contento con agradarle, todo lo sufre, todo lo tolera, á todo se resigna con gozo, porque su mayor felicidad consiste en cumplir los decretos del cielo.

¿ Pudiera el Señor mirar con indiferencia una santidad tan heroica ? ¿ Pudiera no aceptar gustoso el sacrificio de un alma tan pura, tan sencilla, tan sublime en sus ideas como admirable en sus obras ? No, ¡ Dios bondadoso ! Jamas tú supiste despreciar un corazon humillado, ni dejaste de escuchar la oracion de un alma candorosa. No serán estériles las virtudes de tu siervo Joaquin, ni sin fruto sus plegarias. Tú te propones sobre él designios escondidos á las menguadas ideas de un pueblo carnal, que solo se paga de apariencias exteriores : y los realizarás indudablemente, con asombro de los mismos que ahora contribuyen á ceñir sus sienes con una corona de amargura y de tribulacion.

En efecto, católicos, llegaban los tiempos prefijados en la mente de Dios para enviar á su Unigénito al mundo. Hacíase preciso prepararle una mansion digna de su majestad augusta ; era necesario destinarle una madre cual cumpliera al que era la santidad por esencia. Este portento de la gracia debia nacer segun los divinos oráculos del linaje de Abraham y de la casa de David. ¿ Quién será pues el dichoso mortal que vea cumplido el vaticinio ? ¿ Quién el destinado á hacer nacer en el mundo esta hija de Judá ? Ah ! Ella debe nacer de la esterilidad, á fin que en su nacimiento se ostente mas el influjo de la gracia que el de la naturaleza. Un hombre infecundo será el precioso árbol, que regado con los efluvios del cielo, brotará ese portentoso vástago que á su vez hará florecer sus ramas y dará un fruto que salvará al linaje de Jacob. Este árbol es san Joaquin.

Sus virtudes, las mas extraordinarias que jamas se vieron en ninguno de los mortales, le han preparado este honor y héchole digno de ser el padre de la mas santa y perfecta de todas las criaturas, como lo habeis visto en la primera parte de este discurso. Veamos ahora realizado este grande acontecimiento que le colmó de gloria, y fué para él el origen de la mas positiva felicidad. Este es el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

Aquel Dios justo por esencia, que para probar la fidelidad de sus criaturas derrama á veces sobre ellas la amargura á manera de lluvia copiosa, casi nunca deja de recompensar la virtud en proporcion de su mérito. El mismo es quien mortifica al hombre y quien le vivifica ; el que le conduce hasta lo mas profundo de la nada, y el que le engrandece á lo mas sublime de la gloria ; ora le sume en la mayor indigencia, ora le coloca en el apogeo de la opulencia y del poder ; con la misma facilidad que derriba al monarca de su dorado solio, levanta al pobre del polvo y le ensalza del estiércol, para que se siente entre los príncipes y ocupe un trono entre los que mandan al universo.

No es posible hallar un monumento mas auténtico de la verdad de estas palabras de la profetisa de Silo, que el que hoy se nos ofrece á la vista en la conducta observada por el Señor con nuestro santo patriarca Joaquin. Él le habia hecho apurar hasta las heces la copa del dolor y de las lágrimas ; habia probado su constante fidelidad con todo género de pruebas, todas á cual mas pesadas y aflictivas ; no solo le habia despojado de sus inmensos bienes, del brillo de su cuna y de las consideraciones debidas á su sangre ilustre, sino que habia arrancado de su corazon hasta la dulce esperanza de ver nacer de su raza al Salvador de Israel, hiriéndole con el azote de la infecundidad. Determinó empero recompensar su extraordinaria virtud ; y en proporcion de las aflicciones que habian sido hasta entónces su alimento, le ensalzó á una dignidad, que llenándole de consuelo y de gloria, fué para él el origen de la mas positiva felicidad.

Las oraciones de los santos esposos habian penetrado hasta el trono del Eterno. El ángel de la buena nueva es enviado á la tierra á anunciar al virtuoso Joaquin su próxima dicha. Presén-

tase á él y le hace sabedor de que el Altísimo ha decretado borrar el oprobio de su infecundidad, y darle un fruto que colme sus deseos y sobrepueje todas sus esperanzas. ¡Qué júbilo tan extraordinario se apoderaría en aquel momento del corazón del santo patriarca! Ah! Él no duda del celestial mensaje; su fe robusta no le permite vacilar un momento. Sabe muy bien que nada se resiste al poder del excelso Dios, y que cuando quiere, ni la avanzada senectud, ni ningún otro impedimento es suficiente para oponerse al cumplimiento de sus voluntades; que cuando se propone recompensar á los que temen al Señor y andan por sus caminos, le es muy fácil mandar á la nada y hacer que brote los seres á millares. Sabe en fin que el divino oráculo ha dicho que el justo comerá el fruto de sus trabajos, y que su esposa será como una parra fecunda, al rededor de la cual estarán sus hijos como los pimpollos del olivo (1).

El oráculo se cumple: Ana concibe, y Joaquin se mira hecho padre de una hija que vale por todas las hijas de Judá. Ella es la destinada en los eternos consejos á dar á luz al Salvador del mundo. Ella es la que ha de llamarse un día hija del eterno Padre, madre del Unigénito, esposa del divino Espíritu, y templo augusto de la divinidad. Católicos! Imaginad, si podeis, gloria mayor en un simple mortal. Ah! No es posible. Alégrese en buen día Merari por haber sido padre de aquella mujer valiente y esforzada que libertó á Betulia de las cadenas de la opresión en que pretendiera sojuzgarla el soberbio general de los asirios. Regocíjese Abihail que tuvo la suerte de engendrar aquella mujer amable y sin par bella, que supo en los días de Asuero ganar el corazón de este príncipe, y arrancar de sus manos el decreto de muerte lanzado contra toda la nación judía. Ensalce su dicha el padre de aquella Débora, profetisa del monte Efrain, que deshizo los planes homicidas del soberbio Jabin, destruyó sus novecientos carros falcados, y defendió con gloria al pueblo de Israel. ¿Qué es la gloria de estos hombres puesta en paralelo con la gloria de nuestro santo patriarca? ¿Qué felicidad hay comparable á la de un hombre que ve nacer de su propia sangre aquella venturosa criatura que formaba la esperanza del mundo despues de cuarenta siglos, á quien los profetas habian anunciado con las expresiones mas vivas, á quien

(1) *Psalm. 127. v. 1, 2 et 3.*

los símbolos todos del antiguo Testamento venian figurando bajo las imágenes mas bellas y respetables?

Yo me figuro, señores, á san Joaquin, que estrechando en sus trémulos brazos aquella recién nacida niña, la dice inundado en un júbilo celestial: «¿De dónde á mí felicidad tanta? Tú eres, hija mia, el gozo de mis avanzados días y la corona de mi ancianidad. ¡Dichoso yo, que próximo á descender al polvo de la tumba, veo cumplidos en ti los vaticinios en que se funda la ventura de todo el universo! ¡Cuán alegre bajaré al seno de Abraham, sabiendo que queda en el mundo la reparadora de la culpa, la restauradora de la humanidad, el gozo de los siglos venideros, y la que ha de realizar en su seno el misterio augustísimo de la encarnacion de un Dios que viene á consolar las lágrimas del hombre, y á franquearle las puertas de la inmortalidad! ¡Feliz mil veces este día en que estrecho en mi seno á la que viene á desterrar para siempre al príncipe de este mundo, á destruir el imperio de Satanás, á quebrantar la cabeza de la sierpe infernal, y á dar al mundo paz, gozo y salvacion perpetua! ¿Qué mas puedo desear en la tierra, ni qué otra cosa apetecer en el cielo, que ser padre de una vírgen la mas pura, la mas santa, la mas bella, la única perfecta, la única amada de Dios, la paloma, la agraciada, la esposa del rey inmortal de los siglos? Oh! Bien podeis, Señor, desatar cuando os plazca los lazos que tienen atada á la tierra esta carne frágil y perecedera! Mis ojos han contemplado la aurora que anuncia el bello día de la salud; nada me resta ya sino dormir el sueño de mis padres, y esperar pacífico el momento de la incorruptibilidad perdurable de todos los hijos de Dios.»

Tal fué, católicos, la recompensa que el cielo tenía reservada á las grandes virtudes de san Joaquin; ved ahí la gloria singularísima á que le sublimó su heroica santidad. Callen todas las criaturas al oír el nombre de este varon dichosísimo; su felicidad no tiene semejante entre todos los hijos de los hombres. Cuanto de grande y magnífico encierran los pomposos títulos prodigados á los mortales, es nada en comparacion del título único y privativo de padre de María santísima y abuelo de Jesucristo, que mereció nuestro excelso patriarca. Si la vírgen es la rosa fragante de Jericó, Joaquin fué la raíz fecundísima de donde brotó; si ella es la azucena blanquísima de los jardines

de Engaddi, él fué quien la hizo nacer de en medio de las espinas; si ella es el olivo que reverdece en los campos, él fué la tierra bendita que la alimentó; si ella es la palma briosa que extiende sus ramas en los arroyos de Cades, él fué el manantial puro que la fecundizó con sus aguas. En suma, si María es el templo de Dios, Joaquin fué el artífice que construyó esta morada; si ella es la madre del Salvador, él fué el que suministró su sangre para la formación de aquel cuerpo en donde tuvo su complemento este estupendo prodigio.

« Oh mil veces felicísimos esposos Joaquin y Ana!, exclama el padre san Juan Damasceno. Cuánto os debe el género humano! De vuestras manos ha recibido el don mas precioso que jamas pudiera desear; el mas inestimable de todos los beneficios que jamas pudiera apetecer, cual fué la casta madre del Redentor de todo el mundo. ¡Gózate, Joaquin dichoso, pues te ha nacido una hija que á su vez hará nacer aquel cuyo nombre será el Ángel del gran consejo, el Ángel de la salud de todos los humanos! Oh par sin semejante en la felicidad! El fruto de vuestra santa union da bien á conocer vuestro mérito. Solo á vosotros fué dado el producir en el mundo el tesoro de la virginidad que estaba escondido en la mente divina desde ántes de los siglos» (1).

¿Desearéis, católicos, otras pruebas de la veracidad de mi aserto? ¿No es bastante lo dicho para persuadirse de la incomparable felicidad de san Joaquin, y del inefable consuelo con que plugo al cielo recompensar sus heroicas virtudes? ¿No es cierto que si estas le dispusieron á ser escogido por padre de la virgen pura á quien estaban vinculadas las esperanzas del mundo, esta cualidad le hizo el mas venturoso de los mortales? Y siendo así, ¿cuál deberá ser nuestra devoción á tan gran santo? ¿con qué veneracion no deberemos honrar al que nos dió la madre del hermoso amor, la madre del temor santo, la madre de los conocimientos puros, la madre de la dulce esperanza, la madre de la gracia, de la vida y de la inmortalidad? ¿Dudaríamos de la poderosa influencia de Joaquin para con Jesucristo, ligándole á él lazos tan estrechos? Y aun cuando la misericordia de Jesus no debiese ser siempre nuestro apoyo, ¿cómo pudiéramos desconfiar de la piedad de María? Pues á

(1) S. Joan. Damasc. Orat. de Nativ. B. M. Virg. circ. princ.

esta reina de la clemencia puede presentarse san Joaquin con entera seguridad de ser escuchado, porque es su padre; y la súplica de un padre jamas fué desatendida de aquella que le es deudora del ser natural. Prueba es evidente de esta convicción íntima, el entusiasmo con que desde los primeros siglos de la iglesia veneraron la memoria de este santo patriarca los pueblos todos del oriente. Prueba es la avidez con que adoptaron despues su culto y propagaron sus glorias los pueblos del occidente. Recorred el orbe cristiano, y os será difícil hallar un solo templo en donde no se le hayan elevado altares y consagrado-sele solemnidades augustas. Veneremos pues, católicos, á san Joaquin; amémosle y ofrezcámosle el tributo de una devoción cordial. No dudemos experimentar por su mediación los maravillosos efectos de la gracia. Este gran santo, cuyo nombre en sentir del padre san Epifanio se interpreta *preparacion del Señor* (1), nos preparará para escuchar con docilidad las inspiraciones del cielo, y de este modo nos haremos dignos de la eterna recompensa que en la eternidad nos está prometida.

Sednos propicio, oh Joaquin santísimo! Admite benigno nuestras fervientes súplicas. Hoy que reunidos al rededor de tus aras te ofrecemos el obsequioso tributo de nuestra cordial devoción, muéstrate nuestro abogado y sincero protector. Si las necesidades corporales nos aquejan, aun mas de todo punto nos afligen las necesidades de nuestras almas. Necesitamos, sí, de tus virtudes, para poder sobrellevar el peso de las amarguras que rodean nuestra existencia en esta mansion de angustia y de dolor. Necesitamos de tu resignacion perfecta para someternos gustosos á los decretos de Dios en nuestras adversidades. Necesitamos en fin de aquella fe pura, de aquella esperanza firme, de aquella ardentísima caridad que tan grato te hiciera á los ojos del Señor. Consíguenos estas gracias, pues ellas bastarán para hacernos felices en esta vida, y eternamente bienaventurados en el reino de la inmortalidad y de la gloria.

(1) S. Epiphani. Orat. de Laud. Virg. sub init.